

culpables." Como lo prometieron, así lo ejecutaron: porque habiendo hecho Maximiano embestirles por su ejército todos rindieron las armas, y se dejaron degollar sin oponer ninguna resistencia. La tierra se cubrió de cadáveres, y por todas partes corrían arroyos de sangre inocente.

La verdad de esta historia comprobada por los testimonios más auténticos, ha sido sin embargo contestada por algunos protestantes; pero sus dudas y cavilaciones no podrán robar á la Iglesia el bello blason que la resulta de tan glorioso triunfo.

No se dice en la historia que se salvase alguno de esta carnicería general; antes por el contrario, un soldado veterano, por nombre Víctor, que habia estado ausente, habiendo llegado al campo á la sazón que los gentiles se ocupaban en despojar á los muertos, exclamó sin poderse contener: "desgraciado de mí! que si hubiera llegado una hora antes, tendria parte en su triunfo." Per cuyas palabras se conoció que era cristiano, y fue sacrificado como todos los demás. Chateaubriand supone por ficción poética lo que pudo ser muy probable, que alguno de ellos se salvára entre los montones de muertos: este es Zacarías.

Octava XCIII.

En la isla en que á Herta se venera

(10) Herta, divinidad de los Germanos, era la misma que la tierra. Estábale consagrada la isla Casta, una de las islas del mar Báltico en las costas de Suecia.

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Interrupcion de la historia.—Eudoro y Cimodocea principian á amarse.—Satanas intenta aprovecharse de este amor para perturbar la Iglesia.—El infierno.—Asamblea de los demonios.—Discursos del demonio del homicidio, del de la falsa sabiduría, y del de los placeres.—Arenga de Satanas.—Disuélvese el congreso y los demonios se esparcen sobre la tierra.

CANTO VI.

I.

Su grata historia Eudoro así contaba
Con gusto de la amable compañía
Que de su dulce hablar pendiente estaba.
Mas ya la hora nona era del día,
Y el sol sus rayos igneos vibraba
En los montes de Arcadia, y no se oía
De las canoras aves el gorgéo
Ocultas en los bosques del Alfeo.

II.

Entonces al hogar hospitalario
Dar la vuelta Lasténes propusiera,
Dejando que su historia y caso vario
Eudoro al día siguiente prosiguiera.
La isla dejando y el altar binario,
En silencio á la casa se volviera;
Apenas se hizo oír en todo el curso
Del día voces sueltas sin discurso.

III.

El Obispo de Esparta contemplaba
Los medios que empleó la Providencia
Para llamar á Eudoro, y admiraba
Su justicia hermanada á la clemencia.
Grave aflicción no obstante le aquejaba,
Sabiendo por su historia la influencia
Que en Galerio Hierócles ejercía,
Y un porvenir funesto presentía.

IV.

Lejos de estar tranquilo, Eudoro siente
Su pecho mas turbado y mas inquieto,
Que de nuevo le inflama fuego ardiente.
E ignorando ser obra del decreto
Sus penitencias dobla inutilmente;
A través de su llanto el bello objeto
De la hija de Homero le aparece,
Y con nuevos encantos le enardece.

V.

La jóven profetisa por su lado
En su seno sencillo é ignorante
Probaba sentimiento duplicado.
Su espíritu se abría á la brillante
Razon del cristianismo, y animado,
Su corazón sentía al mismo instante
Varia y dulce emoción que la enagena
Y de vivas ideas su alma llena.

VI.

“Padre mio! esclama enternecida
“Abrazando al anciano: ¿qué divino
“Estranjero es aqueste que en su vida
“Sufrió tantos reveses del destino?
“¿Y donde estabas tú, Musa, escondida
“Que no hiciste cayeran de continuo
“Las indignas cadenas que oprimieron
“Las manos que la palma merecieron?

VII.

“Mas vos, sacro Pontífice de Homero,
“Que en los cultos teneis inteligencia,
“Decidme, si podeis, de este guerrero
“Cuál es la Religion y sacra ciencia.
“El nos habla de un Dios á quien venero,
“Porque ampara el honor y la inocencia,
“Condena los amores licenciosos,
“E inspira sentimientos generosos.

VIII.

“Vamos, pues, á los templos, y en el ara
“De Apolo que conoce lo secreto
“Y el arcano recóndito declara,
“Del Hado preguntemos el secreto.
“Puede ser que el oráculo indicára
“Un grato porvenir. . . Mas ¿es discreto
“En jóven tierna preguntar al cielo,
“Corriendo del pudor el casto velo?”

IX.

Diciendo estas palabras la doncella,
Sus mejillas el llanto humedecía,
Mostrándose al dolor mucho mas bella.
El cielo estas dos almas así unia,
Prendiendo al mismo tiempo la centella
Del amor inocente que debía,
Juntándolas con vínculo perfecto,
A la Iglesia alcanzar honor completo.

X.

De este amor santo Lucifer pensaba
Al cristiano excitar cruda tormenta;
Mas su plan el Altísimo tornaba
En gloria suya y del abismo afrenta.
El ángel de tinieblas acababa
De visitar entonces con atenta
Vigilancia los templos del engaño,
En todos advirtiendo grande daño.

XI.

Del antro de Trofonia (1) presuroso
Pasára á la caverna Sibilina
Y al oráculo Déléfico famoso.
Tambien vió del Teút la sacra encina,
El vasto subterráneo tortuoso
De Mitra, Visnoú é Isis divina,
Con todos los demas célebres santuarios
Que ve por todas partes solitarios.

XII.

Satanás se estremece contemplando
La ruina que á sus templos amenaza;
Mas lleno de furor ciego, execrando,
Antes que á su rival ceder la plaza,
Pronuncia el juramento mas nefando.
Revolviendo en su mente varia traza,
Deja con rapidez nuestro hemisferio,
Y descende á su oscuro y triste imperio.

XIII.

Como se ve á la boca de la cima
Del Vesubio un peñasco calcinado
Que á las cenizas muertas mal se arrima,
Si el azafre y betun siendo inflamado,
Hierve el volcan, conmuévase la cima,
Parténope da brincos, y arrancado
El peñasco se hunde al punto mismo;
Así cayó Satan en el abismo.

XIV.

Mas rápido que el mismo pensamiento
Atraviesa el espacio inmensurable
Dó tiene el Cáos tímido su asiento,
Y llega á esta region abominable,
Sepulcro de la muerte y nacimiento,
Tierra de maldicion y miserable,
Cargada con las iras del Eterno,
Donde un horror habita sempiterno.

XV.

A través de este abismo tenebroso,
Sin ruta ni camino señalado,
Satanas se dirige presuroso
Del peso de su crimen arrastrado.
Aun no ve el resplandor caliginoso
De la llama infernal, y ya han llegado
A su oido los míseros acentos
Que arrancan á las almas los tormentos.

XVI.

A este primer clamor del llanto eterno
Lucifer se detiene estremecido,
Que hasta á su mismo Rey pasma el infierno.
Los gritos de aquel pueblo sometido
Para siempre á su mísero gobierno,
Hieren el corazon endurecido
Del arcángel rebelde: breve instante
A la piedad se abrió y dolor punzante.

XVII.

“¡Yo soy, exclama, el que de tantos males
“A los tristes humanos he cargado!
“¡Yo cavé estas mazmorras infernales
“En que habita el dolor! ¡Sin mí ignorado
“Hubiera sido el mal de los mortales!
“Y ¿qué motivo el hombre infortunado
“Me dió para quitarle su ventura?
“¡Ah pobre y desgraciada criatura!”

XVIII.

Satan iba á seguir en el lamento
Que le arranca un pesar infructuoso;
Mas la boca que se abre á aquel momento
Del abismo inflamado y pavoroso,
Le hace luego mudar de pensamiento.
Un fantasma se lanza monstruoso
Al lintel de la puerta gruesa y fuerte
Con ademan horrendo: esta es la muerte.

XIX.

Allí se deja ver como una oscura
Y trasparente sombra, colorada
Con la llama infernal, pues su armadura
De huesos descarnados figurada
Deja pasar la luz lívida é impura.
Su cabeza horrorosa está adornada
Con diadema de perlas y brillantes
Que robára á los Reyes mas brillantes:

XX.

Compañera del crimen, ella cierra
Las puertas que aquel abre del infierno,
Y con los hombres tiene cruda guerra.
Así, cuando Satan bajó al averno
Después de recorrer toda la tierra,
El monstruo presintió con gozo interno
Su llegada, y saliendo presuroso,
Este saludo le hace temeroso:

XXI.

“Padre mio! le dice, mi orgullosa
“Cabeza siempre erguida y espantable
“Solo ante vos se inclina respetosa.
“¿Venis á hartar el hambre inaguantable
“De vuestra hija tierna y cariñosa?
“Ya sabeis que mi sed es insaciable:
“Pero vos, como padre sin segundo,
“Me dareis á tragar un nuevo mundo.”

XXII.

A vista de este escuálido esqueleto
Satan vuelve la cara horrorizado,
Huyendo de abrazar tan feo objeto.
Con su lanza le aparta hácia otro lado,
Y le dice al pasar: “No estés inquieto,
“Fiero monstruo el ardor será saciado
“De esa rabiosa sed que te devora
“Con la sangre de aquel que al cielo adora.”

XXIII.

Dichas estas palabras temerosas,
Lucifer se encamina con presteza
Por campiñas desiertas y ardorosas,
Y llega á la mansion de la tristeza.
A su vista las llamas pavorosas,
Cobrando nuevo ardor, con mas viveza
Atormentan al réprobo lascivo
Que pensaba no haber dolor mas vivo.

XXIV.

Así en la yerma Zara el Africano
Cuya sangre inflamó huracan sin lluvia,
Sofocado de sed, se echa en el llano
En medio de la sierpe y léon de Nubia:
Exangue, de la muerte ya cercano,
No piensa hay mas penar, cuando entre rubia
Nube ofuscado sol su llama arroja
Y principia á sufrir nueva congója (2).

XXV.

Mas ¿quién podrá decir todo el espanto
Que habita en estas lóbregas cavernas,
Moradas inmortales del quebranto?
¿Donde en medio de llamas sempiternas
Las almas incombustas cual amianto
Arden sin consumirse, siempre eternas,
Sintiendo los dolores mas punzantes,
Y lanzando alaridos penetrantes!

XXVI.

Satan acostumbrado á estos clamores
Distingue á cada grito en el acento
La falta castigada y los dolores.
El conoce la voz del avariento
Que pide un poco de agua á sus ardores.
Tambien oye, burlándose el lamento
Del pobre que reclama con fiereza
La gloria que se debe á su pobreza.

XXVII.

“Insensato! le dice: ¿tú pensabas
“Que á la virtud suplía la indigencia?
“¿Mi imperio solo abierto imaginabas
“Al lujo, á las riquezas y opulencia?
“Miserable! con esto te llenabas
“De mentira, de orgullo, de insolencia,
“Y abriste el corazón á baja envidia:
“Paga, pues, con los ricos tu perfidia.”

XXVIII.

Mas el fuego exterior no es el tormento
Que mas hiera y affige al condenado.
Sus dolores reciben nuevo aumento
Al verse eternamente separado
De la mansion del gozo y del contento.
De la vision de Dios siempre privado,
Cuya dicha inmortal conoce ahora,
La angustia de la muerte le devora.

XXIX.

A este dolor se junta la punzante
Memoria de los tiempos ya pasados,
Que sin cesar le pone por delante
Los avisos del cielo despreciados,
La gracia inútilmente coadyuvante,
Los días y los años malogrados,
Y el modo con que pudo en su momento,
La dicha merecer y no el tormento.

XXX.

Las súplicas tambien que amistad tierna
De la tierra al Señor envía al cielo,
En vez de mitigar su pena interna,
Le doblan el dolor y el desconsuelo.
Entonces la Justicia sempiterna
Permite alguna vez tenga el consuelo
De venir á anunciar á los mortales:
“Estoy juzgado, no aumenteis mis males” (3).

XXXI.

En el centro del tártaro espacioso,
En medio de una mar de sangre y llanto
Encima de un peñasco salitroso,
Se levanta el alcázar del Espanto
Que edificó la Muerte al pavoroso
Monarca de este imperio del quebranto,
Dominando las hórridas comarcas:
A sus puertas de guardia están las Parcas.

XXXII.

Apenas los guardianes espantosos
Vieron venir su Príncipe tremendo,
Alzando unos martillos poderosos
Los dejaron caer con grande estruendo.
Otros monstruos adentro mas nerviosos,
A quienes dió el gentil el nombre horrendo
De Furias, con serpientes encubiertas,
Abren con ronco estrépito las puertas.

XXXIII.

Entonces se presenta en vasto fondo
Larga fila de pórticos oscuros,
Semejantes al antro opaco y hondo
Donde hacia criar monstrus impuros
El Sacerdote Egipcio: azufre hediondo
Colora con luz pálida sus muros,
Y en sus bóvedas suena el estallido
Del incendio que rompe enfurecido.

XXXIV.

En el primero de estos corredores
Sobre cama de hierro yace quieta
La inmensa Eternidad de los dolores.
Su corazon no late: una ampolleta (4)
Empuña, por medida á sus rigores,
Que no niega jamas; su boca inquieta
Solo sabe decir esta voz: ¡NUNCA!
Que resuena por la hórrida espelunca.

XXXV.

Luego que el soberano del infierno
Entró en su habitacion negra é impura,
Mandó á los alguaciles del averno
Convocar el senado con premura.
Al espantable son del raudó cuerno
Cada gefe se agita y se apresura
Por llegar á la sala del consejo,
Seguido de sus guardias y cortejo.

XXXVI.

Allí se ve á Moloc (5) contaminado
Con sangre humana, y Camos el obsceno,
Terror del Mohabita infortunado;
Astarot, de lascivia inmunda lleno;
Tamut, de los Sidonios venerado;
Júpiter, cuya voz imita al trueno;
Neptuno, Belfegor, Baal, Astarte,
Anúbis, Erminsul, Vulcano y Marte.

XXXVII.

No ya como ese lúcido planeta
Que anuncia de la aurora el nacimiento,
Sino como un mortífero cometa
El infernal monarca toma asiento
En medio de la turba que está inquieta
Por saber á que ha sido el llamamiento,
El les pone silencio con la mano,
Y su arenga despues principia ufano.